

EL PAPA

Por JOSE LOPEZ HENAO

La fiesta de San Pedro y San Pablo, que se celebra el 29 de junio, es también la fiesta del Papa, porque por designación divina fue San Pedro el primer Pontífice de la Iglesia y porque San Pablo fue el otro de sus fundadores.

San Pedro fue un humilde pescador de Galilea. Nació en Bet-saida, ciudad levantada en la ribera derecha del Jordán, precisamente en el lugar donde este río desemboca en el lago de Tiberíades. La historia ha sido incapaz, a falta de documentos, de fijar el año del nacimiento de Pedro. Originalmente llamóse Simón. Era hijo de Jonás, de la tribu de Neftalí. Tuvo un hermano denominado Andrés. Habla la tradición de la mujer de Pedro, pero sus datos son muy vagos. Apenas se revela que murió mártir.

La familia de Pedro, compuesta por su esposa, su padre, su suegra y un hermano, vivía en Cafarnaúm y se alimentaba y mantenía de la pesca.

Cuando Andrés por vez primera vió a Nuestro Señor, fue a buscar a Simón, esto es a Pedro, para llevarlo al Mesías, quien le dijo: "Tú eres Simón, hijo de Jonás: tú serás llamado Cefa, que significa Pedro". Desde entonces se anunciaba que Pedro sería fundamento de la nueva Iglesia.

Posteriormente, durante el episodio de la pesca milagrosa, cuando Simón se sobrecoge de temor y asombro ante el milagro obrado por Jesús y se confiesa hombre pecador, Nuestro Señor le replica con dulce acento de promesa: "No temas; de ahora en adelante serás pescador de hombres".

Era Simón el escogido para iniciar la Iglesia. De hecho ocupaba siempre lugar de primacía en el colegio de los apóstoles; a él se dirigía el Mesías en los momentos solemnes; en los hechos más trascendentales del Redentor, es Pedro el compañero y el testigo.

Pregunta Jesús a sus discípulos quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre, y después de las varias respuestas que revelaban confusión, se dirige a ellos para interrogarlos sobre quién es El. De inmediato Simón Pedro contesta: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios

vivo". Y Cristo repone a Pedro, en palabras solemnes que son las auras del Pontificado de la Iglesia: "Bienaventurado eres tú, Simón Bar-Jona; porque no la carne ni la sangre te lo han revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré a ti las llaves del reino de los cielos: y todo lo que tú atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, desatado será también en los cielos".

He aquí con estas palabras constituida la cabeza de la Iglesia; he aquí a Simón convertido en piedra, en base, en fundamento del edificio perdurable por Cristo instituido para llevar a los hombres a la bienaventuranza. Por eso en adelante se llamará Pedro, que significa piedra, es decir solidez, asiento, sobre la cual se erige la prodigiosa fábrica que ha desafiado el huracán de los siglos, resistido al ataque de sus enemigos y prevalecido sobre la ira del infierno.

Jesucristo es sin duda el Rey eterno y desde el cielo dirige y protege a su reino en forma invisible. Pero como su reino en la tierra es visible porque se compone de criaturas, tuvo que designar una cabeza que llenara su puesto en el mundo después de su ascensión. Al respecto es meridiana la explicación que nos da Santo Tomás de Aquino:

"Si alguno dice que el único jefe y el único pastor es Jesucristo, que El es el único Esposo de la única Iglesia, esta respuesta no basta. Es evidente, sin duda, que Jesucristo mismo es quien obra los sacramentos en la Iglesia; es El quien bautiza y quien perdona los pecados; El es el verdadero sacerdote que se ofrece sobre el altar de la cruz y por virtud del cual su cuerpo se consagra todos los días sobre los altares. Sin embargo, como El no debía permanecer con los fieles en su presencia corporal, ha escogido ministros por cuyo medio pudiera dispensar a los fieles los sacramentos de que hemos hablado. Igualmente, como El debía privar a la Iglesia de su presencia corporal, fue necesario que designara a alguno que tuviera, en su lugar, el cuidado de la Iglesia universal. Por esto dijo a Pedro antes de su ascensión: "Apacienta mis ovejas".

Así pues fue constituido Pedro como soberano monarca de la Iglesia, y tan abrumadora jerarquía se transfiere por herencia a los sucesores de Pedro por divina voluntad, para asegurar la perpetuidad de la Iglesia. Su piedra fundamental sobrevive en los herederos, por lo cual el Papa de ayer y de hoy y de mañana es Pedro mismo redivivo gobernando al rebaño y apacentando a las ovejas. Por ello la sucesión de los Apóstoles es la cadena dorada entre Cristo y su Cuerpo Místico, cuyo eslabón primero aparece en el primer siglo del cristianismo y sólo se cerrará en el fin de los tiempos, cuando se haya consumado totalmente la redención divina.

Aparece así la Iglesia con su cabeza Pedro y sus sucesores, estos ayudados por los obispos, quienes a su vez tienen a los sacerdotes como cooperadores y a los mismos fieles como auxiliares en el apostolado eclesiástico. Impíos o escépticos que osaron en llamarse católicos, con frecuencia desconocieron al Romano Pontífice como Vicario de Cristo y a sus sacerdotes como dispensadores de los sacramentos, dentro

de la falsa idea, fruto de la ignorancia religiosa, según la cual no se pueden reconocer intermediarios entre Dios y los hombres. A través de todos los siglos fue este error causa de irreligiosidad y anticlericalismo, porque, al desconocer la jerarquía que el mismo Cristo instituyó para gobernar su Iglesia, se desconoce al mismo Cristo y a sus leyes incommutables. El protestantismo, desconociendo la autoridad suprema del Pontificado, arruinó la doctrina con que Cristo constituyó el edificio de su Iglesia. Rechazada la cabeza, que es al mismo tiempo el fundamento y el principio de la unidad, se desmorona la estructura levantada sobre la roca y la palabra del Señor. Lo que queda es la anarquía fundada sobre el criterio cambiante y voluble del individuo soberbio que pretende entenderse directamente con Dios, haciendo caso omiso de la autoridad establecida por Dios. El protestantismo y el racionalismo son la expresión trágica de un mundo engeguecido y ensoberbecido que soñó reemplazar con la razón humana las leyes divinas, logrando apenas la disolución, la ruina de la unidad, el abatimiento de la jerarquía y el desorden de la sociedad por falta de un principio directivo.

El oficio de Pedro en la Iglesia, es decir del Papa, es sostenerla y mantener en ella la unidad y solidez que la hagan resistente y perpetua, así como de la solidez del fundamento y las bases materiales depende la firmeza y duración de un edificio. Para que así fuera, Cristo hizo a Pedro fundamento, con la promesa de que las puertas del infierno no prevalecerían contra ella. Porque "Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos". Esa divina asistencia asegura a la Iglesia no contra el daño que puedan sus enemigos inferirle, pero sí contra su destrucción. Perseguida y vejada desde sus primeros orígenes, siempre renació de entre las heridas y el cautiverio, porque la sangre de sus víctimas fue simiente fecunda. Todos los siglos la vieron enfrentada al error y la herejía, encarcelada en nuevas catacumbas, reducida al estrecho ámbito de las sacristías. Pero pasaron los tiranos, cayeron derrumbados los emperadores por el peso de sus propias abominaciones, el pueblo dió la espalda a soberanos que antes gobernarán entre el esplendor de cortes aduladoras o con el apoyo pasajero de gentes oprimidas por el temor o el látigo. Pedro en cambio permaneció en sus sucesores. En nuestro mismo siglo veinte, déspotas que quisieron tener la Iglesia a sus pies y que hicieron lo posible por sojuzgarla, terminaron abyectamente sus vidas dejando incólume a la institución divina que ha sido maestra de los siglos. En nuestros días el calvario se repite en el seno de la llamada Iglesia del Silencio: se repudia al Papa, tratan de separar al Pontífice de sus obispos, se oprime a los heredores de los Apóstoles, exterminan sacerdotes o los reducen a inacción y a martirio. Pero la Iglesia sigue invicta. No puede temer, porque el Espíritu Santo la asiste con su luz y fortaleza y porque la promesa de Cristo no puede faltar. El infierno no prevalece contra ella. Mañana los tiranos de hoy serán, más que cenizas, sombra. Sus sistemas de gobierno perecerán a manos del mismo pueblo irritado e insatisfecho. Podrá éste volver al seno del rebaño, un solo pastor lo apacentará, y en medio de la antigua confusión y entre el alborozo de los hijos que vuelven, la Iglesia renacerá más próspera y proseguirá su tarea restauradora a lo largo de los tiempos. Otros enemigos surgi-

rán en el futuro, pero de su suerte precaria dará cuenta la promesa inmortal que asegura su derrota.

La Iglesia, pues, construída sobre Pedro, jamás podrá sucumbir ni desfallecer en nada, por tremenda que sea la fuerza de sus enemigos. Como afirmaba Orígenes: "Siendo la Iglesia el edificio de Cristo, quien sabiamente ha construído su casa sobre la piedra, no puede estar sometida a las puertas del infierno; estas pueden prevalecer contra quien se encuentre fuera de la piedra, fuera de la Iglesia; pero son impotentes contra ella".

Pero para poder sostener a la Iglesia, que es el oficio de Pedro, es necesario tener la autoridad sobre ella, es decir el poder de mandar, de prohibir, de juzgar, en una palabra: la jurisdicción plena. Por eso al decir Cristo a Pedro: "Y te daré las llaves del reino de los cielos", significó que le entregaba el mando de su Iglesia, el poder y la autoridad, puesto que las llaves son insignia ordinaria del mando.

Esa plenitud de jurisdicción la reafirma Nuestro Señor al expresar a Pedro: "Todo lo que atares en la tierra será también atado en el cielo, y lo que desatares en la tierra será desatado en el cielo". Atar y desatar, en las palabras de Jesús, es una expresión figurada que designa la facultad de hacer leyes, de juzgar y castigar. De tan pleno poder invistió Cristo a Pedro que resume él toda la autoridad posible y necesaria en la tierra: la de gobernar, la de decretar leyes, la de castigar. En los gobiernos temporales no tiránicos, estas tres facultades andan separadas y constituyen lo que denominamos órgano ejecutivo (encabezado por el presidente), órgano legislativo (formado por las cámaras) y órgano judicial (integrado por jueces, tribunales y cortes). En la Iglesia, en cambio, por disposición divina, el triple poder, la jurisdicción tripartita, se resume en el Romano Pontífice, dotado de todos los instrumentos necesarios para apacentar las ovejas en esa sociedad perfecta y sobrenatural que es la Iglesia, formada por almas cuyo destino es el cielo.

Y ese poder de Pedro, que es el mismo de los Romanos Pontífices, tiene tal alcance y extensión que todo lo decretado por ellos será ratificado por el mismo Dios. No otro es el significado de las palabras "todo lo que atares en la tierra será atado en el cielo". No hay sobre el orbe poder semejante, ni nadie podrá arrebatar a la Iglesia lo que el mismo Dios le dió.

Dedúcese de lo expuesto que la autoridad del Papa, o sea la de Pedro, es transmitida directamente por Cristo, y que sus funciones son independientes de toda delegación o mandato de los hombres, así sean ellos los mismos miembros de la Iglesia. Hablando en términos humanos, el poder del Pontificado es el de una monarquía absoluta por su origen y ejercicio, no conferida por pueblo alguno o por la comunión de los fieles, ni siquiera por la reunión de los obispos y del clero, precisamente porque fue Cristo mismo quien la entregó directamente a Pedro antes de que se estableciera la Iglesia. Cristo habló de su futura Iglesia en el momento de delegar en Pedro la primacía como cabeza visible de ella. Por consiguiente, de El viene la autoridad y no de la sociedad que instituía, puesto que ella no existía cuando se creó la autoridad que la rigiera. En las sociedades humanas es primero la

sociedad que la autoridad: sus componentes designan al que debe gobernarla. En esta sociedad divina fue primero la autoridad, como para que bien se supiera que la cabeza no provenía de los hombres que la formaban, sino del mismo Cristo, su autor. Por esto cuando el colegio de cardenales elige nuevo Pontífice, está simplemente reemplazando a Pedro y no confiriéndole poderes o mandatos que sólo de Dios pueden venirle.

El Papa depende así de Dios, de Quien hace ya veinte siglos le entregó la autoridad suprema y dió a la Iglesia por venir las características, funciones y misión con que habría de obrar sobre la sociedad de almas que forma el Cuerpo Místico del Redentor. El vicario de Jesucristo es por tanto base, cabeza y principio de la Iglesia. Nadie en ella superior a él. Donde está Pedro, allí está la Iglesia. Su jurisdicción no tiene límites porque la Iglesia es universal, ya que todos los hombres están llamados a pertenecer a ella. Su misión a todos comprende por virtud del mandato divino que dice: "Id y predicad a todas las naciones". Como lo enseñó el Concilio Tridentino, el Papa legítimamente elegido goza de toda su jurisdicción, aunque individualmente pudiera a veces no tener todas las cualidades deseables, o aunque, como hombre, fuera pecador.

Un autor contemporáneo explica en palabras de mucha claridad cómo gobierna el Sumo Pontífice según los poderes que le confió Nuestro Señor: "Habla con infalibilidad cuando como Vicario de Cristo define en el orden dogmático o moral; habla como juez supremo cuando establece dentro de la Iglesia el derecho; habla como legislador sumo cuando fija las normas que rigen a la Iglesia. De su sentencia no puede apelarse a asamblea alguna, porque ninguna asamblea lo ha delegado. No puede él ser destituido por ningún concilio, porque no ha recibido de él su poder. El Vicario de Cristo rendirá cuenta de sus actos a su delegante, pero éste no es la Iglesia de Cristo. Y así como Cristo es anterior a la Iglesia, así la autoridad de su vicario es independiente de ésta en cuanto es asociación de hombres. Y así como Cristo no es simple hombre sino el Hijo de Dios hecho hombre, así también la autoridad que delegó en su vicario no es puramente humana, sino sobrenatural, reflejo de la esencia divina del fundador de la Iglesia".

El Papa enseña y gobierna. Tiene la misión de guardar el depósito de la doctrina revelada y de exponerla con su magisterio sapientísimo. Como maestro supremo es infalible cuando habla **ex-cátedra**, con asistencia del Espíritu Santo. Pero aun cuando hable sin el sello de la infalibilidad, su magisterio común, el de las encíclicas y alocuciones, el de breves y discursos, obliga a los fieles al acatamiento y la veneración. Porque es grande la autoridad del Pontífice; porque es la enseñanza del pastor y máximo doctor de la iglesia, dispensada en virtud del deber y derecho de enseñar confiado por Cristo a sus Apóstoles; porque el Papa está asistido por las luces del Espíritu Santo; porque una enseñanza dada por Pedro a la comunidad de fieles compromete a Cristo tanto como al Papa; porque la Providencia cuida de su vicario en la tierra para que no caiga en error. Son éstas razones doctrinarias. A su lado hay también las de orden práctico. Su posición, su experiencia, su piedad, el sentido profundo de su misión sobrenatural, la cer-

tidumbre de ser el representante de Cristo en la tierra, dan a sus juicios un respaldo excepcional y le impiden la precipitación o la imprudencia. Sus colaboradores son especialistas en todas las ciencias divinas y humanas. Hasta su sede llega el informe minucioso de la situación del mundo que le permite estar documentado en serio acerca de todos los problemas. Además, su desinterés de las cosas terrenas es visible; su independencia de criterio apenas está sujeta a la doctrina y a los decretos divinos; su sola mira es el bien de las almas y de la humanidad entera. Ya Pío IX había condenado la tesis de que se puede negar sin pecado el asentimiento y la obediencia a las sentencias y decretos de la Santa Sede cuyo objeto es el bien general de la Iglesia, sus derechos y disciplina, con tal que ello no toque los dogmas relativos a la fe y las costumbres. Porque ciertas gentes creen que sólo debemos el asentimiento al dogma, y que podemos separarnos de las demás enseñanzas de la Iglesia promulgadas por medio de su magisterio ordinario. Ello, lo dijo Pío IX, es “contrario al dogma de la plenitud de potestad divinamente otorgada al Romano Pontífice por el mismo Cristo, plenitud de apacentar, regir y gobernar la Iglesia universal”.

Pedro es pastor universal. La promesa que le hiciera Cristo se cumplió y confirmó cuando después de la resurrección, habiéndole preguntado por tres veces el Señor si le amaba, le dijo con acento ordenador: “Apacienta mis corderos... apacienta mis ovejas”. No preguntaba tres veces Cristo algo que pudiera ignorar, sino que así quería instruir a Pedro en que, por el amor que le profesaba al Maestro, lo instituía cabeza de la Iglesia, y por ser el más perfecto entre todos, según lo declara San Ambrosio. Como pastor, Pedro conduce al rebaño, lo alimenta y defiende. Por eso gobierna. Y gobierna porque Cristo lo erigió en pastor. Pedro, como bellamente escribe un tratadista contemporáneo, al recibir el imperativo mandato de apacentar los corderos y las ovejas de Jesús, fue premiado, por un amor excepcional, con un poder supremo.

Pero esta primacía conferida al primer Pontífice y transmitida a sus sucesores legítimos, hace a Pedro también columna de la fe, porque Nuestro Señor selló su mandato diciéndole: “He orado por ti a fin de que tu fe no desfallezca”. Y después le ordenó que comunicase a sus hermanos la luz y la energía de su alma: “Confirma a tus hermanos”. Nuestra fe descansa pues en la piedra fundamental de la Iglesia.

Rey de la Iglesia “que posee la llave de David”, que “cierra y nadie puede abrir”, que “abre y nadie puede cerrar”, como lo dice el libro santo, Cristo lo designó. Es el jefe de la sociedad cristiana porque Dios le confirió las llaves. Y como con Pedro no podía desaparecer este poder, que es principio de la unidad y fundamento de la seguridad y perpetuidad de la Iglesia, él se transfiere a sus sucesores los Romanos Pontífices. Por eso ellos poseen de derecho divino el poder supremo de la Iglesia.

La asombrosa totalidad de poderes que tiene el Romano Pontífice y que hace a la Iglesia, hablando humanamente, la más perfecta de las sociedades de la tierra, no hace un déspota del Vicario de Cristo. Su reino es suave y pacífico, como lo es la doctrina que administra y enseña. Es la caridad el distintivo del Padre Común; es el bien el

ansia suprema de su corazón; es la verdad su más empeñada solicitud; es la justicia su sed constante; es la paz su mira permanente. En el Sumo Pontífice debieran mirarse los gobernantes de la tierra que quisieran aprender los fundamentos del buen gobierno y el ejercicio sabio de la jerarquía.

El poderío incontrastable del Pontificado es de orden espiritual y sobrenatural. Su fortaleza es la promesa divina de su perpetua asistencia. No le prestan fuerza ni escudo ejércitos de soldados ni caravanas de tanques, ni escuadras aéreas o navales, ni cañones o bombas demolidoras. Ante el Vaticano se rompen todas las armas materiales, porque la suya es una estructura celestial. "¿Cuántas divisiones tiene el Papa?", dicen que preguntó José Stalín en la conferencia de Yalta que disponía arbitrariamente de los estados pequeños de Europa, al sugerir uno de los participantes la posible actitud de la Santa Sede ante el despojo. Pero las divisiones del Papa son de ángeles, de oraciones, de sacrificios, y las comanda el mismo Cristo con su permanente asistencia sobre la suerte de la Iglesia. Ella es más poderosa que todos los ejércitos de la tierra porque sus armas son morales y por tanto de infinito alcance y mérito.

El amor y acatamiento al Romano Pontífice es una de las virtudes señaladas del buen hijo de la Iglesia. Su dulce imperio en la tierra, reflejo auténtico del de Cristo, debe suscitar toda nuestra adhesión y sometimiento. Es el Papa el jefe espiritual, el gobernante sin interés mezquino, el conductor sapientísimo, el padre de todos, mecenas de las artes y las ciencias, faro de la doctrina, custodio de la fe, prenda de nuestra esperanza. A su lado los conductores de la tierra, los jefes de la política, los caudillos temporales, son criaturas insignificantes. El estudiante debe tener al Sumo Pontífice como a su primer jefe, maestro, mentor y padre. Su voz es la de Cristo, su enseñanza es divina, sus leyes son sabias, sus caminos son los del Señor. En él puede confiar y descansar la juventud porque no la engaña, porque la alumbraba con su verdad, la dignifica con la justicia, la suaviza con su caridad.

El martirio de San Pedro, según la tradición, acaeció entre los años 64 y 68, durante las ejecuciones que siguieron al espontoso incendio que destruyó uno de los barrios principales de Roma, época de Nerón. Pero es imposible decir la fecha exacta de la crucifixión del príncipe de los apóstoles. La tradición habla de que el martirio se consumó un 29 de junio, y por eso la Iglesia conmemora en ese día la festividad del primer Pontífice. Su sepulcro está en Roma, bajo la cúpula inmensa de Miguel Ángel, adonde acude todo el mundo cristiano para rendirle tributo de veneración. Desde la colina iluminada del Vaticano, a través de dos mil años de historia, el sucesor de Pedro sigue incólume gobernando a la Iglesia de Cristo. Allí estará hasta la plenitud de los tiempos, y donde esté Pedro estará la Iglesia, y con la Iglesia, Cristo protegiéndola para cumplir su promesa indefectible.